

los que viven en tí, que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpétuas! ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¿Qué es posible que aún estando en esta vida mortal, se pueda gozar de Vos con tan particular amistad? ¿Y que tan á las claras lo diga el Espiritu Santo en estas palabras, y que aún no lo queramos entender, que son los regalos con que tratáis con las almas en estos Cánticos?

13. ¿Qué requiebros, qué suavidades, que habia de bastar una palabra de estas á deshacernos en Vos! Seais bendito, Señor, que por vuestra parte no perderemos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostrais el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo injurias, y perdonando y no sólo con esto, sinó con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que la decís en estos Cánticos, y le enseñais que os diga, que no sé yo cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudais, para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sinó conforme á nuestra flaqueza. Pues, Señor mio, no os pido otra cosa en esta vida, sinó que me *beseis con beso de vuestra boca*, y que sea de manera, que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y union, esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida pueda yo decir, Dios mio y gloria mia, con verdad, que *son mejores tus pechos y más sabrosos que el vino*.

CAPITULO IV.

Del amor de Dios dulce, suave y deleitoso, que nace del morar Dios en el alma en la oracion de quietud, significada en esta palabra, *Pechos de Dios*.

Más valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muy buenos olores.

1. ¡Oh hijas mias, qué secretos tan grandes hay en estas palabras! Dénoslo nuestro Señor á sentir, que harto mal se puede decir. Cuando su Majestad quiere por su misericordia cumplir esta peticion á la Esposa, es una amistad la que comienza á tratar con el alma, que solas las que la experi-

mentais, la entendereis, como digo. Mucho de ella tengo escrito en dos libros (que si el Señor es servido, vereis después que me muera), y muy menuda y largamente, porque veo que los habreis menester, y así aquí no haré más que tocarlo: no sé si acertaré por las mismas palabras que allí quiso el Señor declararlo. Siéntese una suavidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien á sentir estar de ella vecino nuestro Señor. No es esta sólo una devocion que ahí mueve á lágrimas muchas, y éstas dan satisfaccion, ó por la Pasion del Señor, ó por nuestro pecado, aunque en esta oracion de que hablo, que llamo yo de quietud, por el sosiego que hace en todas las potencias, que parece la persona tiene muy á su voluntad, aunque algunas veces se siente de otro modo, cuando no está el alma tan engolfada en esta suavidad, parece que todo el hombre interior y exterior conhorta, como si le echasen en los tuétanos una uncion suavísima, á manera de un gran olor; como si entrásemos en una parte de presto donde le hubiese grande, no de una cosa sola, sinó muchas y ni sabemos qué es, ni dónde está aquel olor, sinó que nos penetra todas.

2. Así parece es este temor suavísimo de nuestro Dios: se entra en el alma y es con gran suavidad y la contenta y satisface y no puede entender cómo ni por dónde entra aquel bien: querría no perderle, querría no menearse, ni hablar, ni aún mirar, porque no se le fuese. Porque adonde he dicho digo lo que el alma ha de hacer aquí para aprovecharnos, y esto no es sinó para dar á entender algo de lo que voy tratando, no quiero alargarme más de que en esta amistad que ya el Señor muestra aquí al alma, que la quiere tan particular con ella, que no haya cosa partida entre entrambos. Se le comunican grandes verdades; porque esta luz que la deslumbra, por no entender ella lo que es, la hace ver la vanidad del mundo: no ve al buen maestro que la enseña; aunque entiende claro que está con ella, mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes efectos y fortaleza en las virtudes, que no se conoce después, ni querría otra cosa hacer, sinó alabar al Señor; y está, cuando está en este gozo, tan embebida y absorta, que no parece que está en sí, sinó con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué dice, ni qué pide.

3. En fin, no sabe de sí, mas no está tan fuera de sí, que

no entienda algo de lo que pasa. Mas cuando este Esposo riquísimo la quiere enriquecer y regalar más, conviértela tanto en Sí, que como una persona, que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada á aquel sagrado costado, y aquellos pechos divinos: no sabe más de gozar, sustentada con aquella leche divina que la va criando su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada día más. Cuando despierta de aquel sueño y de aquella embriaguez celestial, queda como cosa espantada y embobada, y con un santo destino, me parece á mí que puede decir estas palabras—*Mejores son tus pechos que el vino.*

4. Porque cuando estaba en aquella borrachez, pareciale que no habia más que subir; mas cuando se vió en más alto grado, y toda empapada en aquella inmemorable grandeza de Dios, y se ve quedar tan sustentada, delicadamente lo comparó y así dice—*Mejores son tus pechos que el vino.* Porque así como un niño no entiende cómo crece, ni sabe cómo mama, que aún sin buscar mamar él ni hacer nada, muchas veces le echan la leche en la boca; así es aquí, que totalmente el alma no sabe de sí, ni hacer nada, ni sabe cómo, ni por dónde, ni lo puede entender, le vino aquel bien tan grande. Sabe que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten juntos todos los deleites y gustos del mundo. Vése criada y mejorada, sin saber cuándo lo mereció; enseñada en grandes verdades, sin ver el Maestro que la enseña; fortalecida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe, y puede hacer: no sabe á qué lo comparar, sinó á el regalo de la madre, que ama mucho al hijo, y le cria y regala.

5. «Porque es al propio esta comparacion, que así está el alma elevada y tan sin aprovecharse de su entendimiento, en parte como un niño recibe aquel regalo, y deléitase en él, mas no tiene entendimiento para entender cómo le viene aquel bien, que en el adormecimiento pasado de la embriaguez, no está el alma tan sin obrar, que algo entiende y obra porque entiende estar cerca de Dios, y así con razon dice—*Mejores son tus pechos que el vino.* Grande es, Esposo mio, esta merced, sabroso convite, precioso vino me dais, que con sola una gota me hace olvidar de todo lo criado, salir de las criaturas

y de mí, para no querer ya los contentos y regalos, que hasta aquí quería mi sensualidad. Grande es este, no le merecía yo. Después que su Majestad se le hizo mayor y la llegó más á sí, con razon dice—*Mejores son tus pechos que el vino;* ¡gran merced era la pasada, Dios mio, mas muy mayor es esta! porque hago yo ménos en ella, y así es de todas maneras mejor. Gran gozo es y deleite del alma cuando llega aquí.»

6. ¡Oh hijas mias, déos nuestro Señor á entender, ó por mejor decir, á gustar (que de otra manera no se puede entender) qué es del gozo del alma cuando está así. Allá se avengan los del mundo con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras, y con sus manjares, que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo (lo que es imposible), no llegará en mil años al contento que en un momento tiene un alma, á quien el Señor llega aquí. San Pablo dice: Que no son dignos todos los trabajos del mundo para la gloria que esperamos: yo digo, que no son dignos, ni pueden merecer una hora de esta satisfaccion, que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite. No tiene comparacion á mi entender, ni se puede merecer un regalo tan regalado de nuestro Señor, una union tan unida, un amor tan dado á entender, y gustar con las bajezas de las cosas del mundo.

7. ¡Donosos son sus trabajos para compararlos á esto! Que si no son pasados por Dios, no valen nada; y si lo son, su Majestad los da tan medidos con nuestras fuerzas, que de miserables y pusilánimes los tememos tanto. ¡Oh cristianos! ¡Oh hijas mias! Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño; y miremos, que aún no nos guarda para la otra vida el premio de amarle: en ésta comienza la paga. ¡Oh Jesús mio! ¡Quién pudiese dar á entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro, y hacer un concierto con su Majestad, que mire yo á mi amado y mi amado á mí; y mire Él por mis cosas y yo por las suyas! No nos queramos tanto que nos saquemos los ojos, como dicen.

8. Torno á decir, Dios, y á suplicaros por la sangre de vuestro Hijo, que me hagais esta merced, *bésame con beso de su boca,* que sin Vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto á Vos, ¿qué valgo? Si me desvió un poquito de vuestra Majestad, ¿adónde voy á parar? ¡Oh Señor mio y misericordia mia

y bien mio, y ¿qué mejor quiero yo en esta vida que estar tan junto á Vos, que no haya division entre Vos y mí? ¿Con esta compañía qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, teniéndoos tan junto? Qué hay que agradecerme, Señor, que culparme muy mucho por lo que no os sirvo? Y así os suplico con San Agustin, con toda determinacion, que *me deis lo que mandáreis, y mandadme lo que quisieres*: no volveré las espaldas jamás con vuestro favor y ayuda.

9. Ya yo veo, Esposo mio, que Vos sois para mí, no lo puedo negar. Por mí vinisteis al mundo, por mí pasásteis tan grandes trabajos, por mí sufristes tantos azotes, por mí os quedásteis en el Santísimo Sacramento y ahora me haceis tan grandísimos regalos. Pues, Esposa santa, como dije yo, que Vos decís ¡qué puedo hacer por mi Esposo! Por cierto, hermanas, que no sé cómo paso de aquí. ¿En qué seré para Vos, mi Dios? ¿Qué puede hacer por Vos quien se dió tan mala maña? perder las mercedes que me habeis hecho. ¿Qué se podia esperar de sus servicios? Y ya que con vuestro favor haga algo, mirad qué puede hacer un gusanillo, ¿para qué le ha menester un poderoso Dios?

10. ¡Oh amor, que en muchas partes querría decir esta palabra, porque sólo Él es quien se puede atrever á decir con la Esposa—¡Yo amé á mi Amado! Él nos da licencia para que pensemos que Él tiene necesidad de nosotras este verdadero Amador, Esposo y bien mio. Pues nos da licencia, tornemos, hijas, á decir: Mi Amado á mí, y yo á mi Amado. ¡Vos á mí, Señor! Pues si Vos venis á mí, ¿en qué dudo que puedo mucho serviros? Pues de aquí adelante, Señor, quiérome olvidar de mí, y mirar sólo en qué os puedo servir y no tener voluntad sinó la vuestra. Mas mi poder no es poderoso. Vos sois el poderoso, Dios mio: en lo que yo puedo, que es determinarme, desde este punto lo hago para ponerlo por obra.

CAPITULO V.

Del amor firme, seguro y de asiento, que nace de verse el alma amparada de la sombra de la Divinidad, y de ordinario la suele Dios dar á los que han perseverado en su amor y padecido trabajos por Él, y del fruto grande que de este amor viene.

Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta.

1. Ahora preguntemos á la Esposa: sepamos de esta bendita alma, llegada á esta boca divina, y sustentada con estos pechos celestiales (para que sepamos si el Señor nos lléga alguna vez á tan gran merced), qué hemos de hacer, cómo hemos de estar, qué hemos de decir. Lo que nos dice es: Asentéme á la sombra de aquel á quien habia deseado, y su fruto es dulce para mi garganta. Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad. Dice: Asentéme en la sombra del que habia deseado.

2. ¡Oh, válame Dios, qué metida está el alma y abrasada en el mismo sol! Dice que se sentó á la sombra del que habia deseado. Aquí no le hace sinó manzano, y dice que es su fruta dulce para mi garganta. ¡Oh almas que teneis oracion, gustad de todas estas palabras! ¿De qué manera podemos considerar á nuestro Dios? ¡Qué diferencia de manjares podemos hacer de Él! Es maná, que sabe conforme á lo que queremos que sepa. ¡Oh qué sombra esta tan celestial, y quién supiera decir lo que de esto da á entender el Señor! Acuérdomme cuando el ángel dijo á la Virgen sacratísima Señora nuestra:—*La virtud del muy Alto os hará sombra*. ¡Qué amparada se debe ver un alma cuando el Señor la pone en esta grandeza! Con razon se puede asentar y asegurar.

3. Ahora notad, que por la mayor parte, y cási siempre, sinó es alguna persona que quiere nuestro Señor hacer algun señalado llamamiento (como hizo á San Pablo, que le puso luégo en la cumbre de la contemplacion, y se le apareció y habló de manera, que quedó bien ensalzado desde luégo) da Dios estos regalos tan subidos, y hace mercedes tan grandes,

á personas que han mucho trabajado en su servicio y deseado su amor, y procurado disponerse para que sean agradables á su Majestad todas sus cosas, ya cansadas grandes años de meditacion y de haber buscado este Esposo, y cansadisimas de las cosas del mundo, que éstas tales asiéntanse en la verdad, no buscan en otra parte su consuelo, sosiego ni descanso, sino adonde entienden que con verdad le pueden tener: pónense debajo del amparo del Señor, no quieren otro. ¡Y cuán bien hacen de fiarse de su Majestad, que así como lo han deseado lo cumple! ¡Y cuán venturosa es el alma que merece estar debajo de esta sombra, aún para cosas que se pueden acá ver! que para lo que el alma puede entender, es otra cosa, segun he entendido muchas veces.

4. Parece que estando el alma en el deleite que queda dicho, que se siente estar toda engolfada y amparada con una sombra y manera de nube de la Divinidad, de donde vienen influencias al alma y rocío tan deleitoso, que bien con razon quitan el cansancio que le han dado las cosas del mundo. Una manera de descanso siente allí el alma, que aún la cansa el haber de resolgar; y las potencias tan sosegadas y quietas, que aún pensamiento, aunque sea bueno, no querría entónces admitir la voluntad ni le admite por via de inquirirle ni procurarle. No há menester menear la mano, ni levantarse (digo la consideracion) para nada, porque cortado y guisado y aún comido le da el Señor de la fruta del manzano á que ella compara á su amado, y así dice, *que su fruto es dulce para su garganta*; porque aquí todo es gustar sin ningun trabajo de las potencias, y en esta sombra de la Divinidad, que bien se dice sombra, porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de esta nube, hasta que el sol resplandeciente envía por medio del amor una noticia de que se está tan junto su Majestad, que no se puede decir, ni es posible. Sé yo, que á quien hubiere pasado por ello entenderá cuán verdaderamente se puede dar aquí este sentido á estas palabras, que dice la Esposa.

5. Paréceme á mí que el Espíritu Santo debe ser mediador entre el alma y Dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está. ¡Oh Señor, qué son aquí las misericordias que usais

con el alma! Seais bendito y alabado para siempre, que tan buen amador sois. ¡Oh Dios mio y criador mio! ¿Es posible que haya nádie que no os ame? ¡Oh triste de mí, y como soy yo la que mucho tiempo no os amé! Por qué no merecí conoceros? Como baja sus ramas este divino manzano, para que unas veces las coja el alma considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo Señor nuestro de su Pasion, regando este árbol con su sangre preciosa, con tan admirable amor.

6. Antes de ahora dice el alma que goza del mantenimiento de sus pechos divinos: como principiante en recibir estas mercedes, la sustentaba el Esposo: ahora va ya más crecida, y vála más habilitando para darle más: mantíenela con manzanas, quiere que vaya entendiendo lo que está obligada á servir y á padecer. Y aún no se contenta con todo esto (cosa maravillosa y de mirar mucho) de que el Señor entiende que un alma es toda suya, suya sin otro interés ni otras cosas, que la muevan por sola ella, sino por quien es su Dios, y por el amor que tiene, como nunca cesa de comunicarse con ella, de tantas maneras y modos, como quien es la misma Sabiduría. Parecia que no habia más que dar en la primera paz, y es lo que queda dicho, y muy más subida merced: queda mal dicho, porque no he hecho sino apuntarlo.

7. En el libro que os he dicho, hijas, lo hallareis con mucha más claridad, si el Señor es servido que salga á luz. ¿Pues qué podremos ya desear más de esto que ahora se ha dicho? ¡Oh váleme Dios, y qué nonada son nuestros deseos para llegar á vuestras grandezas, Señor! ¡Qué bajos quedaríamos, si conforme á nuestro pedir fuese vuestro dar! Ahora miremos lo que dijo adelante de esto la Esposa.